

Arquitrave



Alberto da Costa e Silva • Izacyl Guimarães Ferreira
Kostas Papageorgíu • Isaac Goldemberg
Alfredo Vanín • Elías Mejía • Carlos Vitale
Aurelio González Ovies • Carlos Aguasaco

Alberto da Costa e Silva

Izacyl Guimarães Ferreira

A pesar de haber recibido una permanente atención de la crítica, tanto brasileña como de otras latitudes, la obra poética de **Alberto da Costa e Silva** (São Paulo, 1931) no es muy extensa, un poco mas de

cien títulos, reunidos en unos diez libros, que hace cuatro años se publicaron bajo la rúbrica de *Poemas reunidos*, una suerte de obra completa.

En una entrevista concedida hace dos años da Costa e Silva declaraba, textualmente, que había pasado su vida huyendo de la poesía, cediendo apenas a los reclamos de la poesía cuando era inevitable. La



economía de sus versos, es además, otro de los aspectos resaltados por la crítica, una economía de medios atribuible a su extraordinario sentido de la medida y a esa capacidad de lector para aplicar un rigor adamantino a sus propios textos.

Versos esenciales sobre los grandes temas de la poesía de siempre: la infancia, el amor, la muerte, la duración de la existencia, da Costa e Silva declaró en alguna ocasión que toda su obra sería el borrador de un extenso poema, «que recuperase una determinada luz de su infancia... la voz del padre poeta... y el descubrimiento del amor». Que

tomase «posesión de los recuerdos». Clasificado como poeta de la memoria, da Costa e Silva celebra la infancia y dignamente lamenta sus pérdidas personales.

La infancia, sus recuerdos de ella, solo tendrían un paralelo en las memorias en verso de Carlos Drummond de Andrade, o en las prosas de Pedro Nava, y en las memorias del mismo da Costa e Silva, *Espelho do príncipe* (1994). Porque no es el usual lamento de un paraíso perdido. El tono elegíaco que recorre toda su obra desfila aquí vivo y actual. Así sus recuerdos se hacen nuestros, memoria colectiva.

Esto ocurre desde un joven texto de homenaje a Proust, hasta *Poemas de Avô*, donde se ve en los nietos, textos con cuatro décadas de intervalo. Aquel *cão negro* de la máquina de coser Singer de su abuela, que es joven, a una ventana pintada por Vermeer del título del poema y de nuestra memoria visual, es una ilustración precisa de esa concreción que da Costa e Silva da a sus versos, bien sea cuando alude a lo conocido, bien sea creando el cuadro del recuerdo.

Y he aquí otro aspecto determinante de su poesía. Sus poemas comienzan y terminan con palabras inolvidables. Pero llenas de emoción y ritmo, permean sus poemas por entero. A la casualidad de la mano que hojea: «¿que hacer de este rastro sin sentido / que viene al hombre y parte del niño?» / «cantor de la hierba mínima y de los bueyes» / «entre muros de ceniza, soledad y cansancio» / «Vengamos de ayer como quien da suerte» / «-No creo y rezo.» / «Todo es eterno cuando nosotros lo vemos.» / «en que la vejez refino la belleza perfecta.» / «como la infancia en el amor y el amor en la muerte».

No se deduzca de eso que da Costa e Silva es un formalista. Lejos de eso. La belleza intrínseca del asunto construye la belleza de la forma que da Costa e Silva domina con maestría. Como algunos pocos poetas de hoy en Brasil, él sabe de su responsabilidad en tejer en su propia obra la herencia de la lengua recibida.

Tejer es un verbo que le pertenece. Su obra, en la que hay un libro llamado *O tecelão* (1962) y otro llamado *Alberto da Costa e Silva carda, fia, doba e tece* (1962), es todo un tejido. No hay hilo suelto, nada se rasga, porque sus manos son firmes, este es un poeta consciente, que recoge en la disciplina del tejido su preocupada vivencia. Hay llanto, hay dolor, hay sufrimiento, pero la poesía que resulta de esa noción del rasgado y oxidado de las cosas, de la contemplación del padecimiento de personas y animales, es una poesía que seca las lágrimas del que llora, gracias a la calidad del texto enjuto y atemporal.

Digo tejido y regreso a la visualidad de esa poesía. Si tuvo algo de diáfano y subjetivo en su esencia en los dos primeros libros, transita ya por la realidad contemplada de los dos siguientes, pequeños, y con el espléndido *Livro de linhagem* (1962) alcanza la madurez plena que marcará lo restante de la obra. El tejedor aquí se hace tapicero de mural, en la búsqueda de las raíces familiares componiendo una poesía ya personalizada, liberada de cualquier influencia visible. La lírica portuguesa dominada, hecha propia y que va a tejerse en los siguientes títulos, de los poemas de los 40, 50 y 60 años del poeta, entonces recién entrando en los 30.

Livro de linhagem también es un valiente corte entre la directa claridad de los poemas de los años 20 y la claridad madura de los poemas siguientes. Llega a ser oscuro aquí y allí, casi una narrativa de acontecimientos apenas esbozados, una evocación de extraña e inusual belleza. Tal adhesión al pasado, suyo y de los suyos, es una constante de su poesía.

Hay, cerca de Brasilia, un área de conservación, bonita desde el nombre: *aguas emendadas*, que puede aplicarse a la obra de da Costa e Silva: aguas enmendadas son sus textos donde se unen el padre y la infancia, el amor y la amada, los hijos y los nietos de los bellos poemas del abuelo. Como son bellas y también enmendables dos de las *operas primas* de da Costa e

Silva : *O menino a cavalo* (él y el padre los pinta) y *A um filho*

que fez dezoito anos (él y su primogénito Antonio Francisco). Recordemos antes que un verso del primer libro, de 1952, ya decía «el rostro de tu padre en la cara de tu hijo»

Los dos poemas a que me refiero son de «Las líneas de la mano», libro escrito entre 1967 y 1977, parte de los «Poemas de los cuarenta años» de la obra reunida. En ellos, algunos de los versos mas altos de nuestra poesía, conmovedores, además de absolutamente originales, enmendando tiempos (de nuevo el tejido), tramando fondo y forma. He aquí algunos de los momentos de esos poemas.

*Jamás me encontré después. Fue mi ausencia
lo que salta en el estribo, monta y parte.
Y el potro pisa la marca de sus cascos.*

*

*La mano de mi padre sobre el papel pinta,
casi en un solo trazo, el niño a caballo.*

*

*en el papel el unía la mano que pintaba
a la mano con que accionaba al niño a caballo
en este adiós en que estoy, desde entonces, a su lado,
el niño que vuelve, a llorar, a caballo.»*

*

*Antonio,
los dioses pintan mariposas,
pero nosotros sabemos como
en los hombres sueñan
y sangran.*

*

*Perdóname la tristeza,
como si fuese mi padre,
Y no mi hijo*

Usciamo

A riverde le stelle

José Guilherme Merquior, habla de «metafísica domesticada» y del dominio de lo físico en los versos del amigo, donde las «lacrimae rerum» tienen presencia y voz. Así es, pues su poesía no transita por la filosofía, hermana en la búsqueda del conocimiento, pero de otra naturaleza. La poesía de da Costa e Silva está mas cerca de la pintura que de la música o de la filosofía. Su reino en poesía es el de la poesía misma. Pues su pensar y su sentir son su hacer. Como en ese «Fragmento de Heráclito»:

*Todos los días son iguales – el griego
y el niño que fui
siempre lo supieron.*

*Él lo pensaba; yo lo vivía,
amargo.*

*El sol
cegaba, en los tejados,
pero el niño de ayer, hoy,
cantaba.*

Entiendo que el triángulo más grande de la obra de Alberto da Costa e Silva, es el formado por los dos títulos que ya mencioné – *Livro de linhagem* y *As linhas da mão* (1978) - a los cuales se une *Ao lado de Vera* (1997). El título es el mismo de uno de los más fuertes poemas del libro, culminando todo un tributo a la

amada, iniciado aquí con el bello «O amor aos sessenta» .

Si en textos largos y especiales da Costa e Silva celebró a su famoso padre, poeta del simbolismo, su esposa Vera, presencia constante en toda la obra, surge de nuevo en el largo poema del cual destaco estos versos realmente memorables:

*«Usa mi corazón, si el tuyo ya lo has desgastado,
hecho de piedra que el cuchillo alisa*

*

*Usa mi corazón
para escondernos, como a los ojos los párpados,
del cansancio del tiempo, del moho de los retratos*

*

*pues sabemos que el amor entre nosotros
aspira al océano y a las estrellas
y hace de la muerte una miga en la mesa.*

Es rara esa ternura, hecha de comprensión profunda del amor y del tiempo. Y es en la ternura, «devoção da lembrança», donde da Costa e Silva se esconde para dar dignidad y calor a la infinita tristeza que lo embarga. Versos que le garantizan una larga permanencia en la memoria de nuestra lengua.

Alberto da Costa e Silva

Soneto para Vera

Estabas siempre aquí, en el paisaje.
Y en él sigues, en medio de este asombro
del tiempo que tan sólo es lo que fuimos,
un cielo quieto sobre el mar del día.

Súbitamente en despedida vives,
calma de sueños, simple visitante
de aquello que te cerca y lo que queda
inmóvil en lo que es breve, poco y humano.

Las regatas al sol, de la penumbra
donde abría ventanas. Y desde entonces
voy al campo de trébol, a tu espera.

Lo que pasa persiste en lo que tengo:
la ropa en el tendal, muro, palomas,
todo es eterno cuando lo miramos.

5 de Setiembre

Cuando nos crearon,
las manos del dios ya estaban
cansadas.

Por eso,
somos frágiles y mortales. Y amamos,
para rescatar lo que en el dios
fue sueño.

Imitación de Botticelli

Como la luz en una caja de naranjas,
o la lluvia sobre la mesa de verduras en el mercado,
desciende la mañana en este jardín, descalza,

y las flores que trae, en la involuntaria belleza,
parecen, contra su cuerpo de verano inflado,
musgo, limo, herrumbre, las heridas que los pájaros

abren en la corteza lisa y perfecta de un fruto.

El niño a caballo

La mano de mi padre en el papel dibuja
de un solo trazo, casi, el niño a caballo.

Sale de su mano mi mano a hacerle señas,
y va sobre el papel el niño en el caballo.

Lloro sobre el regazo del triste, ciego y huérfano
a todo lo que estaba atado a la vida, vivo,

mas sin sueño y sin carne, a hablarme sin nexo
sobre un cielo y un sol de que fué desterrado,

mas que ponía alrededor del niño a caballo.

El rostro largo y sólo, surcado de arrugas,
la mirada a rever lo perpetuo que tenía

y que nunca me ha dicho, en su pensar cortado
del día en que vivía (en convivencia rara

con la silla de brazos, el pijama, sus pájaros,
la ceniza y la rutina de estar muerto y despierto),

en el papel unía la mano al dibujar
a la mano que hacía señas al niño a caballo,

en este adiós en que estoy, desde entonces, a su lado,
el niño que vuelve, a llorar, a caballo.

Kostas Papageorgíu

Mis edades

Sentadas, en silencio
y con pena de mi
calladas me miran, mis edades,
lamiendo cada una su trapo sucio
sumido en los hedores de sus años.

Como me miran silenciosas,
pero en sus ojos hay hambre
porque ya pasó la hora
y es tiempo de engullir las tinieblas
que han crecido debajo del frío.

Ven, amarga edad de aquel niño enfermo,
funesta edad de alocado muchacho
huérfano que vaga por calles yermas.

Estudio de sueño

Produzco un sueño a mi medida:
tomo agua y la doblo
la corto como sábana de agua
y volviendo a mi sueño
la doblo como agua que fuera sábana.

Invento un sueño y tejo el agua
y abro mi sueño como una sábana suave
así las orillas de sus pliegues sean de vidrio
espumoso que se rompe en una ola
que asfixia y no refresca.

Se sentaron separados

Separados
sentaron
a las vírgenes
y a los muertos.

El padre no vería sus orgías
los dedos del sudor del deseo
las uñas que rompían las nalgas
debajo de un blanco mantel
que manchaba, de repente
y a escondidas,
invisible vuelo de pájaros,
pero y sobretodo
para que nadie oyera los gritos
que salían
nítidos
desde su vergüenza.

Fuego en la selva

Antes de hacerse árbol
gritó fuego.

Los muebles son mansos animales
que espían al hombre
y le conocen desde su opaco
y reluciente brillo
mientras atraen hacia si
los ritmos de sus miembros
y las imágenes de su cuerpo
y con ellas alimentan sus entrañas de madera.

Los muebles se enfurecen cuando pasa el tiempo,
se despiertan en las noches y rechinan y ladran como perros,
espían al hombre con astucia desde sus ojos de cerradura
y gritan pidiendo fuego,
quieren, desde sus maderas de memoria volver a ser árboles
que duerman verde desde siempre.

Cuando despiertas
sacudes, entonces, tu cabellera de leñador.

Me mudo siempre

Siempre me mudo a la misma parte
los vecinos me conocen
pero no me saludan
Sobre montículos,
por las tardes, antes de la noche,
mis vecinos se bendicen,
en especial los varones
muy serios, enterrados en el suelo
hasta la mitad del cuerpo,
fumando en silencio
como muertos de hace mucho tiempo
con su seca piel
rompiéndose a la luz del día
etérea y entera
como las ampollas de sus pensamientos.

Isaac Goldemberg

La última cena

Señor,
un plato de sopa para la resurrección de la carne.
El mozo parece el hambre, el hambre parece Dios.
Quien parece Nadie.
Rechina el diente en la punta del tenedor.
Hoy probó la boca el hambre de Nadie.
Señor, un plato de muerte lo quiere la boca.
Debajo de la mesa ya cavan la fosa.
Llora el cuchillo en la punta de la carne.
Se ahoga la cuchara en la sopa.
Señor,
un plato de sopa para la resurrección del hombre.
Sálvalo, cuchara.
Recógelo, tenedor.
Hoy la lengua probó el sabor de Nadie.
Llueve. Llueve hambre en el plato de sopa.
De la mano del cuchillo, hoy llegó el hambre a comer con Dios.
Desde las barrigas llegaban los gritos de los guardianes del
hambre.
Dios pensaba, pensaba en su hambre.
Se sintió el exiliado en el mundo de los hombres.
Oyó que alguien sembraba semillas en los surcos del hambre.
Los esclavos del hambre copulaban en su sopa fecundando más
hambre.
Los pies descalzos de Dios danzaban
para que lloviera más sopa
y el hambre y la muerte yacían desnudos sobre la mesa
atrapándose las eyaculaciones con las bocas.

Dios era la virgen herética de todas las hambres.
Llevaba un collar con los dientes de Nadie
y su corazón era la ceniza del hombre.
Dios entró a la casa del hombre con hambre.
Entonces se asomó a su mirada. A sus ojos de tenedor,
al color de su sopa.
Dios comía con el hambre.
Su cuchillo era la muela del hombre.
Su cuchara la espalda, su plato la fosa.
Enredada en la cuchara de Dios se acababa la sopa.
El hambre entraba a saco en la barriga del hombre.
En los vientres encinta.
¡Cuántas lenguas sin boca! ¡Cuántas bocas sin sopa!
Dios tiró su plato con los huesos del hombre.
Se quemó la lengua con el hambre del hombre.
Dios vio diablos en la mesa.
Vio diablos devorando al hijo del hombre.
Nadie les dé posada. Nadie.
Nadie les guarde vino en la copa. Nadie.
Ningún buen hombre. Nadie.
Ninguna buena esposa.
Ninguna buena madre.
Dios vio a los sembradores del hambre
cayendo en su plato de sopa trozados por la cintura
en dos trozos de carne.
Vio salir de los huesos del hombre
el tenedor del ángel del fuego
hurgando en la sopa de los dioses del hambre.

Mail de Dios a los pueblos elegidos

El primer fundamento de la fe es el Nombre,
el primero de las demás existencias.

Ser que no crea ello
habrá perdido su vértebra principal.
Estáblezcase con firmeza en el corazón
que esta verdad no es intercambiable
con ninguna otra verdad.

Y ni siquiera ante la muerte
admitirá sustituto alguno.

Cumplid con la palabra.

Convertidla en práctica.

Todo esto fortalece la fe del corazón
en la indiferencia del Nombre.

Casas

Todavía quedaban en la ciudad todas las casas.
Pero la que menos quedaba era la casa del padre.
El dijo que guardaría su casa hasta el último día de sus días.
 Más tarde, mucho tiempo más tarde,
 volvía del destierro para ponerle candado.
Y el hijo, sin que fuese suya, se quedó con la llave.
 Tiempo hace ya que la casa fue vendida al olvido.
Hoy el olvido tiene su llave, idéntica a la memoria del padre.
 Esta será su tranca —dijo— mi memoria.
Más tarde, mucho tiempo más tarde, mudó su casa.
 Pónganla aquí —dijo— donde estuvo la casa.

Las diez palabras

Toda mi obra la he compuesto con los pensamientos de los
humanos, dijo Dios.

Alguien pensó, como en un canto, las diez palabras.

El pensamiento se le quebraba, no la voz.

Cántico hermoso y solemne de la no importancia.

De la no importancia de Dios, dijo el humano.

En la mente del humano rugía el fin del mundo, sin
respiración.

Y esto sucedió ante una montaña como podría haber sucedido
ante un prado o un río de diez siglos.

La historia que les he dado es injusta, dijo Dios.

Más injusta de lo que crees, dijo el humano.

Las diez palabras cayeron como un rayo, sin comentarios.

Se citarían después las excepciones,
pero la palabra mandaría expresarse sin ninguna excepción.

Alfredo Vanín

Deseos

Antiguas puertas del milenio acaso adivinadas
cuando el viaje merecía el descanso entre las fauces del
manantial de espinas bruscamente perversos
cuando un vago cosquilleo delataba el deseo
y nos expulsaba hacia los reinos veleidosos donde en verdad
se dilataba el pulso y atardecía entre cavernas
en una inmensa dicha de marionetas y zafiros.

Tus elásticas piernas rodaban de través en las piedras
o sobre el humo de los dinosaurios, largos minutos de girar en
vano sin hablar, sin angustiarnos por el niño rojo
que de pronto abriría tu garganta o acaso escondería tus
pezones ahora aferrados a mis dientes vencidos.

¿Acaso el planeta no escondía
sus miedos calcinados, acaso
no palpitaba lentamente la colina y se moría en sus espasmos?
Fue un desquite entre olas que tenían de común el vaivén de los
cuerpos

las guerreras manos enlazadas contra un árbol de acero y el
grito

que finalmente supo a estropicio de navegaciones
como un velado cataclismo
y es todo lo que sé, lo que voy olvidando
en los cielos cerrados como los ojos de la diosa impúdica
que a veces nos guiñaba de lejos
y reencarnaba en ti con su poder de mensajera.

Nocturno a Elena

Usaba zapatillas doradas para protegerse del frío abismal de la
sabana en los últimos años de un siglo que murió sin respiro
era a su manera valiente como un sueño perdido entre
usureros y tenía dos hijas que dormían como alondras
nocturnas y correteaban como alondras despiertas
por los cuartos estrechos donde las tres cabían sin estorbo
y hasta quedaba espacio para beber un vino o fumar
largamente mientras hacía guiño alguna estrella.

Despedida de los vendavales marinos
declamaba un poema de Neruda en el que un ancla jubilada
cruzaba la luz de Antofagasta

(decía haberlo conocido por mí y la verdad
he olvidado las anclas y Neruda se ha muerto).

Esta Elena nunca llegó a Troya, tal como aquel demiurgo lo
constata

y por lo tanto todo fue una nube: las rabietas de Menelao
y hasta el regreso a Itaca.

Elena quedó entre sus alondras
sin importarle un higo el diente del invierno
ni la amenaza de los devoradores de caballos.

Deriva

Para Vilma Ramírez

Sigo junto a los portalones
cuyas ruinas apenas se distinguen
entre tantas criaturas inmóviles.

Te espero aquí, mientras te deshaces
en los volcanes y sus verdes nubes.

Te espero y deambulo con el geógrafo que llegó del infierno
mediado por tumultos.

Le descifro el antiguo pueblo cubierto ahora por yerbas agrestes
y mejillones más salados que un viento de través
sentido siempre en nuestra sangre.

Los cables queman a distancia.

Todavía con la espadaña en ristre
la cúpula yace desplomada
sus viejos maderos se deshacen en polvo

y el mangle no florece.

María hija del mar

Nadie puede desprenderse de ti
de tu nombre que significa arenas y navegaciones
ni siquiera cuando la estrella está más alta.
El fuego reconoce a los suyos, a los brotados de la espiga.
Las esbeltas siluetas nacidas de los humos
no sobreviven en las grandes borrascas
son apenas nombradas por un murmullo grácil.
Y así eres en medio de los nacimientos
guiada por la que se oculta entre flores
y decide contigo los designios del delfín y el velero.
Nadie, María de la Mar, puede apartar la cara del sudeste
sin alabar el leve corazón que despierta
junto a la ciudad que como tú se adorna con gladiolos
y creces como el vino, llena de música y de límites
y de luces rientes
donde presides como sacerdotisa los misterios salados.

Elías Mejía

Noticias

¡He aquí una noche que no se apiada ni de los cuerdos ni de los locos! Bufón del rey Lear. Shakespeare.

Tomaron por asalto y dinamitaron
el puesto de policía, junto al parque donde reposa Baudilio
Montoya, el poeta, el bien llamado último rapsoda.

Una mujer murió de un tiro en la cabeza
dentro de su automóvil porque aceleró
al pasar sin saberlo por el centro del asalto.

Pocos días después, asesinaron al gacetillero: hombre agrio de
humor fatal, que censuraba la vileza y la guerra.

Para no quedarme callado en la tarde de su entierro,
en tono de gracejo, pregunté:
¿Qué está pasando en este pueblo
en donde no se ríen con las bromas del guasón,
sino que lo matan?

Quienes me escucharon, a manera de sentencia,
dándole otro significado al suceso,
añadieron:

Asesinaron al bromista,
no en vano se burlaba y mordía.

El macho y la hembra

Cada vez que muere,
le da la espalda.

Cansada cierra los ojos
y con voz presurosa le dice:
no me toques no me toques no me toques
no

Él se queda entonces mirando
las maderas del techo,
anhelando esos brazos
tan cercanos y ausentes;
pensando en su sangre
que vuelve a rodar, lenta,
como la maquinaria de un buque
detenido en el muelle.

Recordando a Raquel Welch

El único paisaje que le hacía falta
era el de un árbol en la ventana;

tenía suficiente con el correr del agua
por la pendiente de loza del aguamanil,
y con el rayo de luna
reflejado en la frente de los guijarros;

sólo precisaba del rumor del mar
en el cuenco de la caracola,
del viento conducido por la cánula
de un saxofón,
del asomo de la matriz
en los labios de ese rostro amado
y del olor de la rosa

sólo, para el espejo de la memoria,
necesitaba el detalle de sus hombros desnudos,
el muro de carne de su espalda,
el flujo y reflujo de sus muslos
cuando iba de lado a lado del telón
y la certeza
de que nunca vendría por aquí a visitar su casa.

Perfil de un bohemio culto

Al hablar,
las citas de escritores célebres
que traía consigo
se confundían con su propio verbo
a veces (muchas veces) inoportuno,
que rodaba como un dado enloquecido de gozo
al son del súbito encuentro con los escuchas,
en las oscuras cavernas del intento de una explicación,
de una comprensión, de una certeza:
de un triunfo.

¡Cuánta iluminación
en sus ojos duros y achispados
de teatrero en vivo y sin libreto!

¡Cuánto júbilo en su corazón de roca,
y cuánto en el puñetazo de sus palabras!

Carlos Vitale

Jornada

Tú, de pie, desnuda en la penumbra.
Tu espalda es el arco del conocimiento.
Desde la cama, observo y espero.
Cuando te vuelvas me dirás quién soy.
Sin otra luz que mi deseo.

El estado de la cuestión

Has parado la noche, pero me has negado el día.

Risas de cocodrilo

No te engañes.
El de la foto
tan sonriente
ya era infeliz
(tú lo sabes,
bien que lo sabes).

Contéplalo ahí detrás,
público o comparsa,
borroso
incluso en primer plano.

Sonríe
aunque esté muerto.

Si le pides
que se adelante
no da sombra.

Convéncete:
sólo la sombra
no da sombra.

Otra vuelta de tuerca

Y nada más que sed
y vasos rotos.

Aurelio González Ovies

Área de prioridades

De nada vale decir aquí estoy yo,
gobierno y mando,
si al pasar por Castilla
y ver el sol crujiendo tras
los olmos,
uno no sabe dar gracias a Machado.

De nada sirve
montar revoluciones, modernizar las leyes,
si al entrar en Moguer y abrir sus muros
blancos,
uno no escucha, como un geranio púrpura,
la voz en los balcones de Juan Ramón
Jiménez.

Muy poco importa
marcharse tan de prisa a tantas partes
a todas a ninguna,
sin pararse una vez, y al coger nuevo
aliento y mirar el camino,
sentir sobre la piel: Palabras
para Julia.

Sin duda alguna,
España no va bien, como el resto
del mundo y el fondo de la vida.
Necesitamos agua, pan, un poco

El veneno agridulce de la vida

Ganar, abrir, cerrar,
perder. Hoy el encuentro
feliz. Mañana la despedida.

Todo es lo mismo
y contrario. Como la luna
y el día. Todo de luz y de
sombra. Como una noche
muy llena y una casa
tan vacía.

Tomo un sorbo. Reconozco la fe.
Amargamente sonrío:
dulce veneno, la vida.

Los panes y los peces

Algo tenían sus manos
como de brote o pozo:
y aunque faltara el agua,
nos mojabán la sed.

Y aunque el sol no saliera,
tocarla, iluminaba.

Y aunque hubiera muy poco
y los días muy duros
y los meses muy largos
y nuestras bocas todas...,
se restaba a sí misma
-tuvo que ser así-,
con tal de que a nosotros
-ilusiones y fruta, sueños y ropa nueva-
se nos multiplicaran.

Ruinas de Olimpia

Olimpia. Madrugada. Ya casi
primavera.

Lenta, unta la luz del día su cuerpo
con aceite muy tibio,
como una diosa joven
encaprichada
en un mortal atleta.

Es vida lo que veo, aunque es muy poco:
un olivo, rocío sobre el mármol
y la humana apariencia de la tierra.

Carlos Aguasaco

Newyorkquina

Nueva York era un largometraje en tecnicolor
La bailarina frustrada que hace de mesera en el Village
junto a una india peruana que cocina como los dioses
La Newyorkquina de la espalda descubierta La mujer de cadera
destroncada La clavícula de azúcar
Un anuncio de coca-cola con piernas largas
Alguien que pasa deprisa, que vuelve deprisa, que va deprisa

Nueva York era unas miradas en el bar Y un motel a las
afueras Un argumento de Huidobro producido por David Lynch
Cesar Vallejo envenenado con luces
Y otra vez, la mesera que da un brinco ensayado
La mujer que me sirve y me enseña la espalda
La joven actriz que se sorprende al verme leer

El poeta entró en la película por accidente,
Le dieron un papel secundario ordenando café en la barra
Tenía que encender un cigarrillo sin filtro y ver pasar a la
protagonista lucir extraviado en Nueva York verse como un
oso hormiguero husmeando entre el fierro y callar
Pero el poeta no sabe actuar, sólo sobre actuarse, tomarse
demasiado enserio Pasa la vida entre bares y no sabe de
restaurantes

Nueva York era un largometraje en tecnicolor
La bailarina sentada con el poeta
Y la preciosa india peruana que traduce al español

Nueva York

Este mundo es por definición desprecio y arrogancia.
Gesto de asco y el asco de hombres hombro a hombro
sentados en el tren.

Mirada fija que en el punto medio se cruza sobre ti
y en ti se disipa en un arabesco con forma de turbante.

No es este mundo tu mundo y lo es.
La ciudad está allí para ser tomada
la ciudad está allí para derrocharse
para dar desprecio, para ser reflejo del hombre y el hombre
para recordar que siempre, no importa donde se mire,
el calor de un lente te abriga con la discreción obscena
de quien sin mirarte te observa.

Sería necesario matar a John Lenon y afrontar el sarcasmo
de sonreír a la cámara para que ella te denuncie
en titulares de prensa diez años continuos sin pagarte un
centavo.

Reírse como un loco y apestar a dinero
apestar como un loco y reírse del dinero.
Nueva York, no es a mí a quien saludas
con tu antorcha encendida en el atlántico.

Ventana

La ventana existe porque la observo, porque la creo,
porque en la oscuridad de los túneles del subway,
la ventana es un sarcasmo, una prolongación de la oscuridad.

Ese gusano de plata, la ballena automática que se indigesta de
hombres, que se atraganta de lenguas, que se detiene a
respirar,
que se convierte en rumiante, que traga, que mastica, que
inhala,
que exhala, que no distingue entre razas, que pertenece al
camino,
que parece haberse propuesto acabar con sus zapatos de hierro
y encontrar la luz en Queens al volver de Manhattan,
abre sus puertas y me deja entrar.

Una Babel acostada, rodante, peregrina, una Babel ambiciosa,
una torre que intenta alcanzar las entrañas del infierno,
me lleva en mi camino cada día hacia Harlem.

Renuncio a releer el periódico, a mordisquear un Best Seller,
a engullirme de Hip-Hop, a concentrarme en mi horario,
y creo la ventana, la dejo aparecer en el techo, la dejo ser
redonda, rasgada, arabesca, la dejo ser una ventana.

Luego, como una rata en subway me interno, me extravió, me
pierdo
en busca de luz, de agua, de una alcantarilla en Times Square
o de una oportunidad en Broadway.

La ventana existe porque la observo, porque la creo,
porque en la oscuridad de los túneles del subway,
la ventana es un sarcasmo, una prolongación de la oscuridad.
El chiste magnífico que hace reír al idiota, al autista, al
newyorkino,
al roedor que me habita desde que vine a esta isla.

Alberto da Costa e Silva (São Paulo, 1931) es hijo del famoso poeta del simbolismo Da Costa e Silva. Hizo estudios en Fortaleza y Rio de Janeiro, pero desde muy joven se desempeñó como diplomático con diversos destinos como Portugal, Venezuela, Italia, Nigéria, Benin y Colombia. Aparte de los libros de poemas enumerados en el artículo hay que mencionar sus notables estudios *A enxada e a lança: a África antes dos Portugueses* (1992), *O vício da África e outros vícios* (1989) y *Guimarães Rosa, poeta* (1992). Da Costa e Silva es actualmente el presidente de la Academia de la Lengua de Brasil. El texto que publicamos fue traducido por Consuelo Bernal.

Izacyl Guimarães Ferreira, traductor de los poemas de da Costa e Silva, es el actual presidente de la Unión Brasileña de Escritores.

Kostas Papageorgiou (Atenas, 1945), hizo estudios de literatura y jurisprudencia. Su primer libro de poemas es de 1966. Ha publicado hasta la fecha unos once libros de poemas, cuatro novelas y tres de ensayos. Entre 1982 y 1998 fue director de la *Revista de Artes y Literatura*, pero también ha trabajado con el Canal 3 de la Televisión Griega como productor de programas literarios. Hace reseñas en *La Biblioteca*, su columna semanal en el diario *Eleftherotypia*. En 2002 recibió el Premio Nacional de Poesía. Los poemas que publicamos fueron traducidos directamente del griego por Rigas Kappatos y Harold Alvarado Tenorio.

Isaac Goldemberg (Chepén, 1945), profesor del Eugenio María de Hostos Community College, donde dirige el Instituto de Escritores Latinoamericanos y la revista literaria *Brújula/Compass*. Su obra ha sido traducida a numerosos idiomas. Como narrador ha publicado *La vida a plazos de Don Jacobo Lerner*.

Alfredo Vanín (Saija, 1950) ha publicado libros de poemas como *Cimarrón e Islario*.

Elías Mejía (Calarcá, 1951) poeta y traductor, hizo estudios de literatura en España y Francia. Ha publicado *Confesión del navegante* (1995) y traducido a Takis Varvitsiotis, Lenna Pappa, Yannis Ritsos, Konstandinos Kavafis, Yorgos Seferis y Odiseas Elitys.

Carlos Vitale (Buenos Aires, 1953) hizo estudios de filología hispánica e italiana y ha traducido a numerosos poetas italianos. Entre sus libros de poemas figuran *Códigos* (1981), *Noción de realidad* (1987), *Confabulaciones* (Premio de Poesía Ciudad de Zaragoza, 1992), recogidos en *Unidad de lugar* (2000), *Descortesía del suicida* (Premio de Narrativa Breve Villa de Chiva, 1997; *Autorretratos / Autoritratti* (Premio de Poesía Venafro, Edizioni Eva, Venafro, Italia, 2001; prólogo de Gerardo Vacana, traducción de Teresa Albasini Legaz) y *Fuera de casa* (2004).

Aurelio Gonzáles Ovies (Bañugues, 1964) ha publicado *Las horas en vano; Versos para Ana s/n; La hora de las gaviotas* (Premio Juan Ramón Jiménez); *Nada y 34 poemas (a imaxe del silenciú)*.

Carlos Aguasaco, (Bogotá., 1975) hizo estudios de literatura en la Universidad Nacional de Colombia. Vive en New York donde colabora con la revista *Hybrido* del Graduate Center de Cuny. Actualmente trabaja con la Junta de Educación de la Ciudad de Nueva York y es profesor adjunto en el City College de Cuny donde también adelanta estudios de postgrado en Literatura Hispanoamericana.

Este número fue ilustrado por **Tarsila do Amaral**.